

Me dispongo a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos

Los cristianos, en vez de ser la levadura, la sal de la tierra, la luz del mundo, somos tan vulgares, estamos tan vulgarizados, como el resto de la vulgaridad. (Rovirosa, OC, T.V. 526)

Los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva.70 ¡No nos dejemos robar la comunidad! (EG 92)

Desde la resonancia de estos textos me situó.

Soy misión, portadora de luz, encargada de dar sabor a la vida. No ilumino si no reflejo la Luz. Soy luz y sal en la medida en que soy comunidad, en la medida en que soy Iglesia. ¿Soy sal? ¿Soy luz?



Coloquio de la sal

Si la sal en mí se vuelve sosa
el mundo perderá su sabor.
Si la sal se vuelve sosa en la Iglesia
nadie se acercará al banquete que ofrecemos.
No habrá alegría en las familias.
El tedio y la mediocridad dominarán los días.
Las sombras vencerán a la luz.
Si la sal se vuelve sosa
se conservarán tradiciones, pero perderemos el Espíritu
y ser cristiano será un asunto del pasado...

Pero si la sal está en su punto
renacerá la esperanza en la tierra,
cantarán de nuevo los trigales,
la pesca será abundante aún en la noche,
la unidad será posible entre nosotros,
una nueva humanidad se abrirá paso en el amor.
Y así, con esta sal llena de sabor
tu luz llegará a todos.
Señor, que no falte nunca tu sal en nuestras vidas.

(Fermín Negre)



Palabra se pronuncia en mi vida



Mt 5, 13-16.- Sal de la tierra y luz del mundo.

Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte.

Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los de casa.

Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.

Palabra del Señor

Acojo en mi vida la Palabra

La enseñanza de Jesús en este texto, dentro del Sermón del Monte, tras las bienaventuranzas, bien puede ser que no es posible ser un verdadero creyente si no se vive conforme a lo que se cree; si no se hace vida la fe. Esa manera de vivir es la consecuencia de pertenecer al Reino de Dios, de buscar, siempre y primero, en nuestra vida, el Reino de Dios y su justicia.

Ser sal y luz es vivir siendo la misión que somos. Nuestra vida es misión. Si no es misión, no es vida. La sal sirve para dar sabor; si pierde esta cualidad y no sirve, se tira. La luz debe alumbrar; si se oculta, pierde su sentido, su valor. El Reino de Dios da sabor y sentido a la vida humana. Hemos de hacer visible en nuestra vida la fuerza transformadora del Evangelio, mostrando que el reino de Dios está ya presente.

Crear es saberse enviado, saberse misión. La misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las

personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño.

A veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno.

La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. *Yo soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar.

La vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión.

Atentos a los posibles riesgos, no hemos de confundir evangelización con la aceptación social del cristianismo, ni con la realización de determinados proyectos políticos, o la consecución de logros sociales. Una de las urgentes necesidades de los cristianos hoy es volver a "salar" nuestra fe al calor del Evangelio, de la oración, de la vida comunitaria. Necesitamos redescubrir que la fe es capaz de dar sabor a nuestra vida, y hacer posible que vivamos de manera nueva todo: la vida y la muerte; la convivencia y la soledad, la alegría y la tristeza, el trabajo y la fiesta...

Si tenemos la capacidad y el coraje de aceptar nuestra mediocridad y reconocer nuestro pecado, nos abriremos al encuentro con Jesucristo que transformará nuestra vida.

A la luz de este evangelio necesito volver a preguntarme: ¿soy buena noticia con mi vida para alguien? Lo que se vive en mi equipo, en mi comunidad, ¿es signo y presencia del Reino para la gente de hoy? ¿Qué pongo yo de sal y luz en la vida? Mi proyecto de vida puede ser un cauce para encontrar la respuesta, concretando

Y me dejo llevar hasta concretar en mi vida...Poniéndote en manos del Señor, ora:

CON TU FUEGO

Señor:

Tú no nos llamas
a iluminar las sombras
con frágiles velas
protegidas de los vientos
con la palma de la mano;
ni a ser puros espejos
que reflejan luces ajenas,
trémulas estrellas
dependientes de otros soles
que, como amos de la noche,
hacen brillar las superficies
con reflejos pasajeros
a su antojo.

Tú nos ofreces
ser luz desde dentro,

cuerpos encendidos
con tu fuego inextinguible
en la médula del hueso,
zarzas ardientes
en las soledades del desierto
que buscan el futuro,
rescoldo del hogar
que congrega a los amigos
compartiendo pan y peces,
relámpago profético
que rasgue la noche
tan dueña de la muerte.

Tú nos ofreces
ser luz del pueblo,
hogueras de pentecostés,
en la persistente combustión
de nuestros días
encendidos por tu Espíritu;

ser lumbre en ti,
que eres la luz,
fundido inseparablemente
de nuestro fuego
con tu fuego.



Y para vivir lo que pido, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres.

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo, nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hecho en las fábricas, en los talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,
Ruega por nosotros

